

pareirme un rato y porque ¡eso sí! una distracción siempre es necesaria cuando se viaja, íbamos á tomar un café. Allá, vamos, allá, el café que hacen los turcos alcanza la suma perfección.

—¿Buen cafecito, eh?—exclamó el padre Piñeiro, acercando hacia mí su silla con interés.—¿Y es cargado, verdad? ¿Con buen aroma?

—Sí, padre Piñeiro, superior. Pues tomábamos nuestro café, después regresábamos al hotel y allí, en el cuarto, estudiábamos en los Santos Evangelios los lugares á donde habíamos de ir á rezar... Y como el alemán era un hombre que sabía de todo, yo, á su lado, aprendía una porción de cosas útiles. Pues señores, así, á la luz del candelero, estábamos hasta las diez, las once. Después, el té, el trisagio, y la cama.

—Sí, señor, noches muy agradables, noches muy aprovechadas,—exclamó, sonriendo hacia la tía, el estimable doctor Margaride.

—¡Ay, eso le dió mucha virtud!—suspiraba la horrenda señora.—Fué como si hubiese pasado un rato en el cielo... Hasta lo que él dice huele bien... Huele á santo.

Modestamente bajé los ojos.

Pero Negrón, con sinuosa perfidia, apuntó que sería mejor, más provechoso, de mayor unción para las almas, escuchar cosas de fiestas, de milagros, de penitencias.

—Estoy siguiendo mi itinerario, señor padre Negrón,—repliqué áasperamente.

—Como hizo Chateaubriand, como hicieron todos los famosos doctores,—añadió Margaride aprobando.

Y puestos los ojos en él, reconociéndole más autoridad que á los otros, yo conté la partida de Alejandria en una tarde de tormenta; como una santa hermana de la Caridad (que había estado en Lisboa y que había oído hablar de la tía) salvara de las aguas saladas un envoltorio que yo traía de la tierra de Egipto, como recuerdo del país que pisara la Santa Familia; nuestra llegada á Jaffa en que, por un prodigio, apenas yo subiera á un montecillo, pensando en la tía, se coronara de rayos de sol.

—Magnífico,—exclamó el doctor Margaride.—Y diga, Teodorico, ¿no llevaban consigo un guía que les fuese enseñando las ruinas, que les fuese comentando?...

—Teníamos un gran latinista, doctor Margaride, el padre Potte.

Mojé los labios. Y enumeré las emociones de la deliciosa noche que, acampados, pasamos en Ramleh, con la luna en el cielo alumbrando cosas de religión, beduinos velando lanza al hombro y en derredor leones que rugían...

—¡Qué escena!—gritó el doctor Margaride levantándose arrebatadamente.—¡Qué gran escena! ¡Lo que daría por estar allá! ¡Parece uno de estos grandiosos pasajes de la Biblia, del Eurico! ¡Eso inspira á cualquiera! Yo, si tal viese, no sería capaz de contenerme. No. ¡Haría una oda sublime!

El Negrón exclamó, dirigiéndose al magistrado:

—Es mejor que hable nuestro Teodorico. Así podremos todos saborear...

Margaride frunció las cejas, negras como el ébano.

—¡Nadie en esta sala mejor que yo, señor Negrón, saborea lo grandioso!

Y la tía, insaciable, agitando el abanico cerrado:  
—¡Está bien, está bien!... ¡Cuenta, hijo, no te hartes!  
Mira, cuenta alguna cosa que te haya acontecido con  
Nuestro Señor, que nos enternezca...

Todos enmudecieron. Entonces conté la marcha hacia  
Jerusalem guiado por dos estrellas como acontece siempre  
á los peregrinos de buena familia; las lágrimas que derrama-  
ra al avistar, en una mañana de lluvia, las murallas de  
Jerusalem; y en mi visita al Santo Sepulcro, las palabras  
que balbuceara delante del Túmulo, entre los eucaliptos y  
junto al padre Potte: «¡Oh, mi Jesús, oh, mi Señor: aquí  
estoy, aquí vengo de parte de la tía!»

La repugnante señora exclamó:

—¡Cómo me enterneces! ¿Y delante del Túmulo?

Entonces paseé un pañuelo por mi rostro agitado y dije:

—Aquella noche me retiré al hotel para rezar... Y ahora, señores, hay aquí un punto desagradable...

Y contritamente confesé que, forzado por la Religión, por el nombre honrado de Raposo y por la dignidad de Portugal, tuviera un disgusto en el hotel con un inglés corpulento y barbudo.

—¡Una riña!—exclamó con perversidad el vil Negrón, ansiando empañar el brillo de santidad con que yo des-

lumbraba á la tía.—¡Una riña en la ciudad de Jesucristo!  
¡Qué desacato!

Con los dientes cerrados dije al torpísimo padre:

—¡Sí señor, una pelea! Mas sepa V. S. que el patriarca de Jerusalem dijo que la razón estaba toda de mi parte. Hasta me dijo más; me dijo, dándome palmaditas en el hombro: «Mil parabienes, Teodorico; usted se portó como debía.» ¿Qué tiene V. S. ahora que alegar?

Negrón inclinó la cabeza, donde la corona extendía una palidez azulada de luna en tiempo de peste:

—Si Su Eminencia aprobó...

—Sí, señor. Y ahora sabrá la tía la causa de aquella pelea. En el cuarto contiguo al mío había una inglesa, una hereje que tan pronto como yo me ponía á rezar comenzaba á tocar el piano y á cantar *fados*, tonterías y cosas inmorales del *Barba-Azul*, de los teatros. Imagínese la tía una persona que dice con todo el fervor y de rodillas: «¡Oh, Santa María del Patrocinio, concede á mi buena tía muchos años de vida» y que de pronto oye una voz de excomulgada viniendo del otro lado del tabique, cantando cosas indecentes... ¡Vaya! De modo que una noche, desesperado, no me contengo, salgo al corredor, y dando un golpe á la puerta, grito:

—Haz el favor de callarte, pues un cristiano quiere rezar...

—Y obró usted con todo el derecho,—afirmó el doctor Margaride.—La ley estaba de parte de usted.

—Así me lo dijo el Patriarca. Pues, señores, como iba contando, grito aquello á la mujer y cuando me retiraba

muy serio á mi cuarto he ahí que veo aparecer al padre, un gigante barbudo, con el bastón en la mano. Yo fui muy prudente: crucé los brazos y con buenos modos le dije que no quería escándalos al pie del Sepulcro de Nuestro Señor y que lo que deseaba era rezar sosegadamente... ¿Y creerán ustedes que me contesta que á él el Santo Sepulcro?... En fin... una cosa que no puedo repetir. Una cosa indecente contra el Sepulcro de Nuestro Señor... Entonces, tía, se me subió la sangre á la cabeza y lo agarré del cuello...

—¿Le pegaste, hijo?

—Le hice polvo, tía.

Todos aclamaron mi ferocidad. El padre Piñeiro citó leyes canónicas autorizando á la Fe para deslomar á la Impiedad. Excitado por los elogios como por clarines de guerra, clamaba de pie, amenazador:

—Impiedades delante de mí, no. Lo derribo todo, lo arraso todo... En cosas de religión soy una fiera.

Y aproveché esta santa cólera para blandir como un aviso delante de las quijadas del padre Negrón mi puño velludo y fuerte. El macilento siervo de Dios bajaba la cabeza encogido.

Lentamente el buen Justino habíase acercado á la ventana como para contemplar el cielo estrellado; de entre las cortinas, sus ojos brillantes y golosos me llamaban confidencialmente. Me acerqué con disimulo. Medio envueltos en la sombra de los cortinajes, casi rozando el labio con mis barbas, Justino murmuró:

—¿Y de mujeres, qué tal?

Yo confiaba en Justino. Inclinandome á su oído susurré:

—Para dejarse uno allá los sesos, Justino.

Sus pupilas brillaron como las de un gato en Enero.

El padre Piñeiro vino cauteloso y tímido á tocar en mi hombro... ¿Me había yo acordado en aquellas santas tierras de su frasquito de agua del Jordán?

—¡Oh, padre Piñeiro, naturalmente!... Lo traigo todo: el ramo del monte de los Olivos para Justino, la fotografía para el doctor Margaride, todo. Corrí al cuarto en busca de las piadosas reliquias de Palestina. Cuando regresaba oí mi nombre y me detuve detrás de la cortina...

¡Suave gozo! Era el inestimable doctor Margaride, que afirmaba á mi tía con su tremenda autoridad:

—Doña Patrocinio, yo no he querido decírselo delante de él... Pero esto es más que tener en casa un sobrino y un cristiano. Es tener en casa á un amigo íntimo de Nuestro Señor Jesucristo.

Tosí y entré. La señora doña Patrocinio rumiaba un escrúpulo celoso. No le parecía delicado para Nuestro Señor ni para ella que se repartiesen las reliquias menores antes de haberle sido entregada, como señora y como tía, en el oratorio, la Gran Reliquia.

—Porque han de saber, amigos míos,—anunció la vieja con su castísimo pecho reventando de satisfacción,—que Teodorico me ha traído una santa reliquia que me asista en mis penas y me cure en mis enfermedades.

—¡Bravísimo!—gritó el impetuoso doctor Margaride.— ¡Bravísimo! Es de generoso romero.

—Es de sobrino como ya no lo hay en Portugal,—dijo el padre Piñeiro ante el espejo donde se contemplaba la lengua blanquizca.

—Es de hijo, es de hijo,—proclamaba Justino levantándose en la punta de las botas.

Entonces el padre Negrón, mostrando los dientes hambrientos, balbuceó esta vileza:

—Resta saber, señores, de qué reliquia se trata.

Tuve sed, ardiente sed de la sangre de aquel padre.

—Si es usted un verdadero sacerdote,—le dije con dignidad,—caerá de rodillas al descubrirse esa santa reliquia.

Y me volví á doña Patrocinio con la impaciencia de una noble alma ofendida que ansía su reparación.

—Tía, vamos al oratorio. Quiero que todos queden asombrados. Lo que decía mi amigo el alemán: esa reliquia, al destaparse, es para atontar á una familia.

Deslumbrada la tía se levantó con las manos juntas. Corrí á proveerme de un martillo. Cuando volví, el doctor Margaride se ponía gravemente los guantes negros. Penetráramos en el oratorio tras de doña Patrocinio, cuyo traje de seda crujía como las vestiduras de un prelado.

El oratorio resplandecía. Las túnicas de los santos, azules ó encarnadas, parecían nuevas, hechas especialmente en las sastrerías del cielo para aquella noche de fiesta. De

tiempo en tiempo el rayo de una aureola temblaba, despedía un fulgor como si por la madera de las imágenes corriesen estremecimientos de júbilo. Y en su cruz de palo negro el Cristo, riquísimo, macizo, todo de oro, relucía preciosamente.

—¡Todo con mucho gusto! ¡Qué divina escena!—murmuró el doctor Margaride, halagado en su pasión por lo grandioso.

Con piadosos cuidados coloqué el cajón sobre la almohada de velludo; inclinado rumié sobre ella un *Ave*; después levanté la toalla que lo cubría y con ella en el brazo, y solemnemente hablé.

—¡Tía, mis señores! No les he revelado aún la reliquia que guarda este cajón porque así lo encargó el Patriarca de Jerusalem... Pero ahora lo voy á decir. Mas antes me parece oportuno explicar que todo lo que rodea á esta reliquia, papel, bramante, cajón, clavos, ¡todo es santo! Así por ejemplo, los clavos son del Arca de Noé... Puede ver, señor Padre Negrón, puede palpar. Los del arca, todavía llenos de crín... ¡Y todo de lo mejor, todo destilando virtud! Además, quiero declarar delante de todos que esta reliquia pertenece por entero á la tía y que se la traigo para demostrarle que en Jerusalem no pensé sino en ella y en lo que Nuestro Señor padeció...

—Conmigo te has de ver siempre, hijo,—tartamudeó la horrenda señora, extasiada.

Le besé la mano sellando este pacto de que la Magistratura y la Iglesia eran solemnes testigos. Después, tomando el martillo:

—Y ahora, para que cada cual esté prevenido y pueda hacer las oraciones que más le cumplan, debo decir que la Reliquia...

Tosí, cerré los ojos...

—¡Es la Corona de Espinas!

Con un ronco gemido, la tía cayó sobre el cajón enlazándolo entre los brazos trémulos. Pero el doctor Margaride acariciaba muy pensativo la barba austera; Justino sumiérase en la profundidad de sus pensamientos y el lardino Negrón dirigía hacia mí su boca negra de donde salía asombro é indignación. ¡Justos cielos! Magistrados y sacerdotes evidenciaban una incredulidad terrible para mi fortuna.

Yo temblaba, sentía escalofríos y sudores, cuando el padre Piñeiro, muy serio, convencido, inclinóse apretando la mano de la tía y felicitándola por la altura religiosa á que la elevaba la posesión de aquella reliquia. Entonces, cediendo á la fuerte autoridad litúrgica del padre Piñeiro, todos en una muda congratulación estrecharon los dedos de la babosa señora.

¡Estaba salvado! Rápidamente me arrodillé ante el cajón, clavé el formón en una hendidura de la tapa, alcé el martillo en triunfo...

—¡Teodorico, hijo!—gritó la tía horrorizada como si fuese á martillar la carne viva del Señor.

—¡No hay cuidado, tía! Aprendí en Jerusalem a manejar estas cosas de Dios...

Desclavada la tablilla, albeó la blanca camada de algodón. La alcé con ternura y reverencia y ante los ojos ex-

táticos surgió el sacratísimo envoltorio de papel pardo con su bramante bermejo.

—¡Ay, qué perfume! ¡Ay, yo muero!—suspiró la tía como en un desmayo de gusto beato, con lo blanco de los ojos apareciendo por sobre el negro de los lentes.

Me erguí encendido de orgullo.

—Es á mi querida tía, sólo á ella, por su mucha virtud, á quien compete desenvolver el paquete...

Trémula y palpitante, pero con la gravedad de un pontífice, la tía tomó el envoltorio y lo colocó en el altar, devotamente desató el nudo de bramante rojo; después, con el cuidado de quien teme lastimar un cuerpo divino, deshizo uno á uno los dobleces del papel pardo... Una blancura de lino apareció... La tía la sujetó en la punta de sus dedos, la empujó después bruscamente, y por el ara, entre los santos, encima de las camelias, á los pies de la cruz, extendióse con cintas y encajes la camisa de dormir de Mary.

¡La camisa de dormir de Mary! ¡En todo su lujo y en todo su impudor, sobada por mis abrazos, con cada arruga apestando á pecado! ¡La camisa de dormir de Mary! Y sujeto á ella por un alfiler, bien legible á la luz de las velas, la tarjeta con la dedicatoria en letra cursiva: «*A mi portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos*». Firmado *M. M.*... ¡La camisa de dormir de Mary!

¡Casi no sé lo que pasó entonces en el florido oratorio! Encontréme junto á la puerta envuelto en la cortina verde, temblándome las piernas... Chasqueando, como la leña que cae en una hoguera, oía las acusaciones del Negrón

proferidas en mi daño junto á las tocas de mi tía: «¡Escarnio! ¡Escarnio! ¡Camisa de prostituta en manos de la señora doña Patrocinio! ¡Profanación del Oratorio!» Distinguí su bota arrojando furiosamente hacia el corredor el trapo blanco. Uno á uno distingui á los amigos que pasaban, como sombras llevadas por un viento de terror. Las luces de las velas jadeaban afligidas. Y mojado en sudor entre los pliegues de la cortina, columbré á la tía que se acercaba hacia mí, lenta, lívida, hirsuta, amenazadora. Me traspasaron sus fríos y feroces quevedos, y á través de los dientes cerrados, escupió esta palabra:

—¡Marrano!

—Y salió.

Me retiré al cuarto y me arrojé atontado en el lecho. Un rumor de escándalo había invadido el caserón severo. A poco Vicenta surgió ante mí, seria, con su delantal blanco en la mano.

—La señora manda decir que salga inmediatamente. Que no lo quiere un instante más en casa. ¡Y dice que puede usted llevarse toda su ropa blanca y todas sus porquerías!

¡Despedido!

Levanté la cabeza de entre la sábana de encajes. Vicenta, atontada, retorciendo el delantal:

—Si no sale ya para la calle, la señora dice que mandará llamar á un policía.

¡Corrido!

Posé los pies inciertos en el suelo. Tropezando en los muebles, busqué las chinelas que envolví en un número

de la *Nación*. A ciegas, sin escoger, agarré de entre las maletas un cajón con refuerzos de hierro y en la punta de los pies descendí la escalera de la tía, encogido y rastrero como un perro tiñoso avergonzado de su tiña.

¡Apenas traspuse el patio, Vicenta, cumpliendo las órdenes sañudas de la tía, me batió en las espaldas el portón chapeado de hierro!

¡Veíame sólo en la calle y en la vida! A la luz fría de los astros conté en la palma de la mano mi dinero. Tenía dos libras, algunos céntimos y un duro español. Descubrí entonces que la caja cogida tontamente entre las maletas era la de las reliquias menores. ¡Complicado sarcasmo del destino! ¡Para cubrir mi cuerpo desabrigado sólo tenía tablas cepilladas por San José y pedazos de barro de cántaro de la Virgen! Metí en el bolsillo el envoltorio de las chinelas, y sin volver los ojos turbios hacia la casa de mi tía, marché á pie con el cajón á la espalda en la noche llena de silencio y de estrellas, hacia la Baja, hacia el *Hotel de la Paloma de Oro*.

